

vinieron con Gortchacof en dar por concluida la cuestión polaca. Lo propio hizo, por extraño que parezca, Russell. Acababa éste de despachar el correo encargado de notificar al Czar la valiente determinación, cuando Bismarck le hizo notar que si la Gran Bretaña declaraba á Alejandro II depuesto de sus derechos sobre Polonia, Rusia, Prusia y Alemania no tardarían en declarar á Federico VII depuesto de los suyos sobre los ducados; por lo contrario, si se abstenia de esta manifestación imprudente, el rey Guillermo trabajaría con fervor en contener las codicias germánicas, no rechazaría la mediación de Inglaterra entre el rey de Dinamarca y la Confederación é influiría en que fuese aceptada por las dos partes contendientes. Palmerston y Russell, que vivían al día, no se percataron de las intenciones del ministro prusiano y se dejaron seducir, llamando al correo y sustituyendo el anterior despacho por otro, en que declaraban tomar acta «con satisfacción de las benévolas disposiciones de Rusia para con Polonia y las potencias». Por desenlace tan inesperado, se desvaneció para los polacos la postrera esperanza en el auxilio de Europa.

Esta triste negociación tuvo un no menos triste epílogo. Napoleón III, abandonado una vez más por Inglaterra y por Austria, no pudo disimular por más tiempo su disgusto con estas potencias. En vano Drouyn de Lhuys le aconsejó temporizar. El cinco de Noviembre, en el discurso de apertura de las Cámaras, que alcanzó gran resonancia, anunció que invitaba á todas las potencias de Europa á deliberar sobre las cuestiones litigiosas que las dividían; proclamó muy alto, demasiado alto, quizás, «que los tratados de mil ochocientos quince habían dejado de existir»; se preguntó «si la rivalidad de las grandes potencias se opondría para siempre á los progresos de la civilización, si estas se suscitarían siempre mutuas desconfianzas con armamentos exagerados, si se daría una importancia ficticia al espíritu subversivo de los partidos extremos, oponiéndose por mezquinos cálculos á las legítimas aspiraciones de los pueblos».

Sentimientos hermosos, aspiraciones encantadoras; pero impracticables. Se necesitaba ser bastante cándido para creer que los soberanos favorecidos por los tratados de mil ochocientos quince accederían á declararlos nulos, que la política de las nacionalidades, tal como la comprendía el Emperador de los franceses, había de ser aceptada. El mismo Russell rechazó con rudeza, el doce de Noviembre, la idea de un Congreso, que sería, á su juicio, causa de trastornos y de anarquía para Europa; en semejantes términos se expresó Austria, y Rusia, del mismo modo que Prusia, respondió con tanta reserva que, antes de fines de Diciembre, el propio Napoleón III había renunciado á su proposición. Una vez más, la política oscilante y aventurera del Emperador francés sufría un deplorable fracaso. Lo que menos importaba era que Europa no se reconstituyese como Napoleón soñaba; lo grave del caso era que Polonia, tan cruelmente alentada en sus esperanzas, era condenada sin remedio. Abandonados á merced de los rusos, los des-

graciados polacos iban á sucumbir muy pronto. Veamos como acabó la insurrección.

Desde la llegada del conde de Berg, furioso eslavófilo, á Varsovia, en Marzo, prevaleció en la junta revolucionaria el partido de los rojos, los cuales instituyeron un tribunal revolucionario, que entró en funciones el catorce de Junio. Agentes armados ejecutaban sus decisiones. Su primera víctima fué el secretario de Vielopolski, y en quince días cayeron otros ocho agentes del gobierno ruso, sin que fuesen habidos los asesinos. Estos atentados acabaron de desacreditar la administración de Vielopolski y del gran-duque Constantino, de los cuales el primero fué destituido el veinticinco de Julio y llamado el segundo un mes después, invistiéndose al general Berg, en Varsovia, y á Muravief, en Vilna, de amplios poderes, de que usaron con energía feroz. Los arrestos y las ejecuciones menudearon al extremo de intimidar á los más resueltos, y en los últimos meses de mil ochocientos sesenta y tres, las partidas fueron rechazadas hacia la frontera de Galicia, que hubieron de repasar los dos dictadores sucesivos de la revolución, Microslawski y Langiewicz. El seis de Febrero de mil ochocientos sesenta y cuatro, se dió el último combate digno de este nombre, cerca de Wengrow, donde doscientos nobles cubrieron la retirada de los insurrectos. Algunas partidas hicieron aún heroicos esfuerzos para prolongar la lucha y dar á Europa tiempo de intervenir, hasta el verano, en que fueron destruidas, acabando todo en Agosto con el arresto y ejecución de los individuos de la junta revolucionaria. Entonces pudo el gobierno proceder sin estorbos á la obra de represión y reorganización.

Afectó ésta distinto carácter, según las provincias. En Lithuania y Pequeña-Rusia, la represión cayó con todo su peso sobre la nobleza, el clero católico y la burguesía, que habían simpatizado con los insurrectos, dejándose en paz á la población rural, que se había mantenido indiferente ú hostil á aquellos. Muchas tierras nobles fueron confiscadas; propietarios, culpables no más que de ser polacos, agobiados con enormes impuestos de guerra, al intento de obligarles á ceder el puesto á propietarios rusos, y no se perdonó medio de borrar todo lo que podía contribuir á mantener sentimientos polacos. El ruso fué, hasta en las iglesias católicas, la única lengua de la administración y de la enseñanza; cerráronse las librerías y las imprentas polacas; se forzó á los últimos *uniates*, que el gobierno de Nicolás I había dejado en Lithuania, á ingresar en la ortodoxia, y se sometió el ejercicio del culto católico á reglamentos vejatorios, exigiéndose, hasta para reparar un templo, autorización, que las más veces se negaba.

A la religión y á la lengua se atacó igualmente en Polonia, siendo suprimidos la mayor parte de los conventos, secularizados los bienes del clero, derogado el concordato, transferida á un colegio eclesiástico, residente en San Petersburgo, la administración de la iglesia católica, y efectuada ó preparada, en todos los órdenes de la enseñanza, la sustitución del polaco por el ruso. Pero la medida fundamental fué la transformación agraria y

social, ejecutada bajo la dirección de aquel mismo Milutine que había dirigido en Rusia la emancipación de los siervos. Convencido, como todos los eslavófilos, de que el principal obstáculo á la aproximación de los polacos y de los rusos era la cultura latina de las clases directoras, entendía que la solución estaba en suprimir la influencia de estas clases, emancipando al pueblo moral y económicamente. «No se puede esperar nada de Polonia, decía, mientras no se hayan roto todos los vínculos y no aparezca en la escena un actor desconocido en la Historia; el pueblo.» Por el *Ucase* de dos de Marzo de mil ochocientos sesenta y cuatro, se hizo á los labriegos propietarios, á expensas de sus antiguos señores, de la casa y la tierra de que eran meros poseedores; se emancipó á las comunidades de aldea de la influencia del cura y del señor, y se dejaron sin arreglar ó no se arreglaron bien los antiguos derechos de uso, al intento de que se suscitasen entre señores y labriegos conflictos, que á la administración incumbía resolver. Esta transformación no dejó de aprovechar al gobierno ruso, en cuanto debilitó á sus enemigos natos, los sacerdotes y los nobles; pero aprovechó sobretudo á los siervos polacos, que ganaron más libertad y más bienestar que habían tenido nunca. Semejante obra de rusificación, ó sea de sustitución de la cultura latina por una civilización verdaderamente eslava, se prosiguió con la misma energía después que se suprimió, á fines de mil ochocientos sesenta y seis, la comisión de gobierno. Se dividió el país en diez gobiernos y ochenta y cinco distritos, que dependieron directamente del ministerio de lo Interior, y se suprimió la universidad polaca, obligándose á los profesores, á partir de mil ochocientos sesenta y nueve, á explicar en ruso. Sobre la masa de bienes confiscados á la Iglesia ó á los particulares se favoreció el establecimiento de rusos ó de alemanes, imponiéndose literalmente el dilema del sucesor de Muravief: «Si no os hacéis rusos en pensamiento y en sentimiento, seréis extranjeros en vuestro país y lo habréis de abandonar al fin».

El triunfo en Polonia de la política de represión favoreció la reacción en Rusia. La influencia sobre el Emperador del gran-duque Constantino y de su corte liberal se debilitó, y fué por completo anulada la de los escritores liberales y revolucionarios sobre la masa del pueblo. El día en que Herzen manifestó, en el *Kolokol*, simpatías por los polacos, acabó su popularidad; la dictadura de la opinión pasó á Katkof, violento intérprete, en la *Gaceta de Moscu*, de la indignación causada por las reivindicaciones de los polacos y de la necesidad instintiva de dirección firme, despertada en las masas por las largas vacilaciones del poder. Se quería propagar á todas partes la lengua rusa y la ortodoxia. Quizás llegase un día en que la civilización eslava, en germen en el mir, se completase con una representación nacional, *semshaia дума*; pero, mientras tanto, era necesario «proveer al peligro de dejar, en los países y poblaciones no rusificados y organizados á la europea, un obstáculo á la voluntad nacional rusa».

Sin embargo, este giro de la opinión no hubiese podido bastar á cambiar la orienta-

ción del gobierno. El sistema de Alejandro II seguía siendo conservar en torno suyo personas de todas opiniones. Si alentaba bajo cuerda á Katkof, mantenía en el ministerio de lo Interior á Valuief, que se vengaba de las arremetidas que por liberal le daba Katkof, abrumando á la *Gaceta de Moscu* con avisos y suspensiones. Fueron menester, para causar la caída sucesiva de los representantes del liberalismo, los atentados revolucionarios y las perturbaciones que se sucedieron en Rusia á partir de mil ochocientos sesenta y cinco.

Muchos rusos habíanse forjado ilusiones acerca de las reformas. Al modo que los siervos habían esperado adquirir toda la tierra con la libertad, así las clases instruidas habían creído en un milenario, en la regeneración de Rusia. «¡Qué tiempos tan felices!, escribía la señora Kovalevski en sus *Recuerdos*; todos nos hallábamos tan profundamente convencidos de que aquel estado social no podía durar, que veíamos alborear ya la nueva era, la era de la libertad y de las luces universales. Soñábamos en ella, y el pensamiento de que no estaba lejos..... nos llenaba de una dulzura inexpresable». Compréndese cuán grande sería su decepción al observar que la emancipación de los siervos se paraba á la mitad del camino; que las libertades provinciales no implicaban las libertades políticas, que la aristocracia apelaba contra las nuevas aspiraciones á medidas de rigor dignas del tiempo de Nicolás, como las empleadas con el escritor Tchernychevski, deportado á Siberia por un romance. Este descontento dió origen al estado de espíritu que Turguenief pintó en *Padres é Hijos*, bautizándolo con el nombre de nihilismo: estado de espíritu indefinible, que viene á ser como la negación brutal de todo lo que no es la ciencia, considerada como lo único verdadero, como lo único bueno, con el corolario, más ó menos expreso, de que es también el arma que destruirá los errores y la tiranía. Negativo en labios de Bacunine, que predicaba la destrucción universal, la anarquía social y política; socialista con Tchernychevski, que pensaba, sobre las ruinas de lo existente, fundar una sociedad política nueva, organizar el trabajo humano y repartir equitativamente la riqueza, el nihilismo tuvo su foco en la Academia militar de medicina, de donde se propagó á toda la juventud, que se consagró con alma y vida á difundirlo entre las masas populares.

El diez de Abril de mil ochocientos sesenta y seis, un tal Dmitri Karakozof, noble, hijo de modestos propietarios rurales, que había sido expulsado sucesivamente de las universidades de Kazan y de Moscu por no haber podido pagar sus inscripciones, disparó sobre el Czar, que estaba dando su paseo habitual por el jardín del palacio de verano, sin que le hiriese, por haber desviado el tiro un lugareño. Detenido é interrogado, Karakozof declaró que su intención había sido vengar al pueblo, víctima de una falsa emancipación. Se le tuvo al principio por polaco, mas al saberse que no lo era, exclamó el Emperador: «Lo más triste del caso es que el asesino es ruso». Era, en efecto, cosa inaudita que un vasallo salido del pueblo hubiese osado poner la mano sobre su padre, el